

narias. Pretexto de esta arbitraria medida ha sido su valerosa actitud cívica y la irritación que a ciertas personas ha producido la carta privada, grito de indignación de gran patriota, publicada en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires) (1).

Natural solidaridad

ANTE todo, y como primeras palabras, proclamemos nuestra absoluta solidaridad con don Miguel de Unamuno. Es nuestra obligación de españoles y de hombres de conciencia libre. Repitamos lo que, a comienzos de esta desastrosa época de la historia de España, dijimos, con permiso de la censura militar, en la prensa de Madrid. «Nosotros, los escritores, que sentimos la emoción liberal, todo lo siglo XIX que ustedes gusten, pero hoy, en España, la única posible, que sentimos la dignidad de la pluma, no sujeta a ordenanza y que sirve a causas libres, estamos con don Miguel. Le consideramos el más claro exponente de las palabras que todos quisiéramos decir en estos días y que contenidas hacen vibrar a nuestros nervios».

Los artículos políticos de don Miguel de Unamuno son nuestra guía. Esos artículos por los que sufre de deportación. No se han fabricado en frío, sobre el último libro europeo. Son sangre de su corazón. Vida. Son ardor espiritual. Ansia de bien. ¡Cómo los ama don Miguel. Los ama tanto como a la poesía. «Cuántos artículos de esos que voy echando en hojas volanderas los habría escrito en verso», ha dicho en *La Nación*. Y sigue: «Si yo no tuviera que escribir para ayudarme a vivir y a que viva mi familia, como oficio servil y mercenario, apenas escribiría sino artículos de combate, con un fin político, y poesía, pero poesía en verso».

¡Artículos de combate con un fin político! ¡Y el poder de los militares quiere comprimir, reduciéndola a la enseñanza del griego, la viva conciencia de este hombre singular! En Salamanca, entre las rojas piedras de la ciudad, se agitaba la mayor inquietud de España. En la ciudad, por lo demás, todo es sosiego. El Tormes, hinchando bien sus riberas, va torciendo el paso por aquella vega. Allí, en aquel paisaje, donde el maestro León definió los nombres de Cristo, don Miguel de Unamuno cantaba y hablaba con el «entendimiento profundo» de los interlocutores del famoso huerto. Definía los nombres de España. Nombres que no son de alabanza; pero

que, dichos por él, son llama ardiente de dignidad espiritual, deseo infinito de una patria mejor, que mitigue, en goce de justicia, el sentimiento trágico de nuestra vida.

La ofensiva contra la inteligencia

«¡Señor, protege la inteligencia de España!» Así terminaba don Miguel de Unamuno cierto magnífico artículo de *El Liberal*, cuando aun no se había iniciado la actual ofensiva, que ha elegido al sabio como primera víctima ejemplar. ¿Quién es en España la más clara expresión de la inteligencia y la conciencia más libre? ¿Quién el prestigio mayor? ¿Quién el nombre con eco en Europa y en todo el mundo de habla española? El ultraje que se infiera a don Miguel de Unamuno será advertencia eficaz para reprimir posibles libertades de inteligencia y de pluma. Las letras han de someterse dóciles a las armas,

Se ha iniciado una ofensiva general contra la inteligencia española. El confinamiento de Unamuno y el cierre, ilegal, del Ateneo, sociedad siempre libre desde 1820, hace hervir las conciencias. La protesta se escucha. Cada rumor anuncia una nueva víctima. Es coincidencia sintomática el que la deportación de don Miguel y la clausura del Ateneo se anuncien en la misma nota oficiosa. Entre ciertas gentes espesas, que siempre sintieron horror a la inteligencia, que tuvieron a ofensa su práctica, vence hoy el júbilo al pudor. ¡Cómo se aprecia ahora el sabor íntimo de aquel «¡Vivan las caenas!» de la época fernandina y el sentido soez de la «¡Pitita!»

La literatura oficial se engalana con desplantes contra la inteligencia. Aunque declare, con militar bizarría, que el Directorio «no entiende ni quiere entender sutilezas», no le impide esta ingenua renuncia a una de las más finas flores del espíritu—¡oh, maestro agudo, Gracián!—jugar al vocablo. Con rara inventiva introduce el Directorio en el lenguaje la palabra «auto-intelectuales», para zaherir con ella a ciertos profesores de la Universidad de Madrid, acaso a la noble inteligencia del penalista D. Luis Jiménez Asúa. Si la intelectualidad, orgullosa, se placía en la crítica, sentirá ahora la fuerza de la disciplina. El profesor habrá de ser profesor. Y así como el oficial, que antes sólo instruíra reclutas, puede intervenir en la política, el profesor se limitará a enseñar griego o latín o matemáticas, o aquello por lo que reciba soldada del Estado.

Don Miguel de Unamuno infringió esta regla inflexible. No se puede tolerar «que ande haciendo propaganda de ideas disolventes, (es decir, liberales) y desacreditando de continuo a

los representantes del Poder y al propio soberano, que tan benévola y noble acogida le dispensó en Palacio». Y, si estas extralimitaciones del profesor, dice una segunda nota oficiosa, que apunta a nueva víctima, «se realizan fuera del aula», son, desde luego, «más censurables y reprimibles». Y, es verdad, cómo la primera de estas declaraciones se hace en nota oficiosa, en la que se engloba la deportación de don Miguel de Unamuno, el cierre del Ateneo y la noble manifestación de que el Poder no se siente molestado, porque se hable malévolamente de la «supuesta protección a una joven alegre» y «tiene a gala de su carácter haberse sentido inclinado toda la vida a ser amable y benévolo con las mujeres», y se congratula que la murmuración «no cambie de disco», ¡qué importancia tiene la inteligencia! Conviene relegarla al archipiélago canario.

Así, sin obstáculos molestos, el dictador, abocado con el monarca, podrá dedicar sus desvelos a la salvación de España. A librarla de la acción de la inteligencia, perturbadora y disolvente.

Camino del destierro

He sido testigo de un acto del ultraje inferido a D. Miguel de Unamuno. No creo que la escena se borre de mi memoria. Firmes esperábamos en la estación del Norte la llegada del tren que conducía a Madrid al deportado, de paso para Canarias. Sufría nuestro grupo de la inclemencia de la noche de invierno, soportando el retraso de tres horas y media que, a consecuencia del estorbo de las nieves de la sierra, traía el rápido de Irún. Y sufría también de la recelosa mirada de un enjambre de policías, secretos y uniformados, que habían acudido, y no por amistad, a recibir a D. Miguel.

Un silencio de emoción acoge la llegada del tren. Allí, en los últimos coches, aparece D. Miguel. La ventanilla es marco de su figura. Su rostro vivo, curtido de sana color roja, su nariz aguileña, sus revueltas barbas plateadas. Lleva el sombrero redondo, flexible, de siempre; la zamarra azul, el chaleco, con prestancia de gravedad, cerrado hasta el cuello. ¡Oh silueta inconfundible en el espesor de España! Acaso en su rostro se marque una honda huella de dolor. Pero no es dolor de cobardía—él, que pudo trasponer la frontera portuguesa, prefirió entregar su persona al ultraje;—es dolor por la idea aherrojada, por la palabra contenida, por la libertad en escarnio.

Ya llega D. Miguel rodeado de todos nosotros hasta el centro del an-

(1) Puede verla también el curioso lector en el núm. 23 del tomo 7 del *Repertorio Americano*.